

Capítulo 22

“¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!”

Apocalipsis 22

El último capítulo de Apocalipsis es un clímax apropiado para todo el libro. Contiene ánimo, advertencias, urgencia y un llamado final. Al leerlo, nos movemos hacia un compromiso más profundo con Cristo y su mensaje para esta hora crítica de la historia de la Tierra. En este último capítulo del libro de Apocalipsis, y de toda la Biblia, Jesús nos asegura su deseo de tenernos con él por toda la Eternidad. Él pinta un cuadro del Cielo que es irresistible para cualquier mente abierta a su Espíritu, y luego nos insta a responder a su amorosa invitación de vivir con él para siempre.

Una descripción de la tierra nueva

En el último capítulo de su libro, Apocalipsis 22, Juan continúa su descripción de la vida en la Nueva Jerusalén y en la Tierra Nueva. De hecho, no hay una interrupción perceptible en el flujo de pensamiento del capítulo 21 al capítulo 22. Realmente no hay una buena razón para pensar en estos como capítulos separados.

Hoy en día, estamos acostumbrados a tener la Biblia dividida en capítulos y versículos. Ciertamente, hace que sea fácil buscar una sección de las Escrituras. Sin embargo, cuando los libros de la Biblia se escribieron originalmente, no contenían referencias a capítulos o versículos. Fueron escritos como una sola pieza de escritura, al igual que la mayoría de los libros de hoy. Quizá te preguntes cómo llegamos a tener las divisiones de capítulos y versículos que encontramos tan útiles y familiares. Ocurrió

alrededor de 1227, cuando el arzobispo de Canterbury, Stephen Langdon, los colocó. Ya existían otras divisiones de capítulos y versos, pero la versión de Langdon acabó siendo la más popular. La Biblia inglesa de Wycliffe (1382) fue la primera en utilizar su patrón de capítulos. Desde entonces, casi todas las traducciones de la Biblia han seguido las divisiones de Langdon.

Los estudiosos de la Biblia han señalado que las elecciones de Langdon no siempre estuvieron bien pensadas. ¡Algunos han sugerido que hizo su trabajo mientras montaba a caballo, y algunas de sus incómodas divisiones fueron causadas por los tropezones de su caballo! Sea como fuere, en ocasiones, sus divisiones de capítulos suelen separar contenidos que obviamente fluyen juntos. La división entre Apocalipsis 21 y 22 es ciertamente uno de esos casos. El contenido simplemente fluye de un capítulo al siguiente sin interrupciones obvias en el pensamiento.

Así que, retomemos la descripción de Juan de la Nueva Jerusalén y la vida en la Tierra renovada en el capítulo 22.

El río del agua de vida y el árbol de la vida

Juan continúa contándonos lo que el ángel le mostró en la visión: “Después el ángel me mostró el río del agua de vida, reluciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza de la ciudad, a uno y a otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que lleva doce frutos; cada mes da su fruto. Y las hojas del árbol son para la sanidad de las naciones” (vers. 1, 2).

Juan se basa aquí en las imágenes de la profecía de Ezequiel. A Ezequiel se le mostró un río que fluía del Templo. Él dice: “En las dos riberas del río crecerá toda clase de árboles frutales; sus

hojas nunca caerán, ni su fruto faltará. Cada mes darán nuevo fruto, porque su agua sale del santuario. Su fruto servirá de alimento y sus hojas de medicina” (Eze. 47:12).

Los paralelos son obvios, aunque hay algunas diferencias. Este tema de un río de agua de vida que fluye de Dios en bendiciones para su pueblo es común en el Antiguo Testamento. El salmista canta: “Hay un río que alegra la ciudad de Dios, la santa morada del Altísimo” (Sal. 46:4). El profeta Joel profetizó: “De la casa del Señor saldrá un manantial” (Joel 3:18).

El profeta Zacarías escribió: “En ese día saldrá de Jerusalén agua viva. [...] Y el Señor será rey sobre toda la tierra” (Zac. 14:8, 9).

Este río de vida que fluye del Trono de Dios también nos recuerda el Edén. Génesis dice: “Y salía del Edén un río que regaba el jardín” (Gén. 2:10). El agua es la esencia misma de la vida. Las sociedades que experimentan sequía enfrentan enfermedades, desastres y muerte. Los ríos que fluían a través del Edén constantemente proporcionaban agua fresca. Arroyos saltarines, manantiales claros y cristalinos, y ríos que fluyen suavemente serpenteaban por la Tierra. La vegetación floreció. Los cultivos crecieron. Los animales se juntaron en sus orillas, y Adán y Eva fueron nutridos y refrescados por el agua vivificante del Edén.

En la conversación de Jesús con la mujer samaritana, en Juan 4, usó la ilustración del agua para simbolizar la vida eterna que solo él puede proporcionar. Refiriéndose al pozo de Jacob, dijo: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed. Pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él un manantial que brotará para vida eterna” (Juan 4:13, 14). El río de vida que fluye a través del Edén

representa la vida misma de Dios, dada a nosotros en Cristo, y hay un suministro abundante para todos. La vida de Dios es inagotable, eterna, interminable, y se nos ofrece gratuitamente.

El árbol de la vida descrito en Apocalipsis 22:2 también estaba en el Jardín del Edén. La Tierra Nueva es el Edén restaurado. En la Tierra Nueva, el Árbol de la Vida está colocado al lado del Río de la Vida, y no hay ningún árbol del conocimiento del bien y del mal como había en el Edén original. El Árbol de la Vida da un fruto diferente cada mes, y sus hojas tienen propiedades curativas.

Descubriremos mucho más sobre el significado de estas imágenes cuando estemos en la nueva Tierra, pero aquí hay algunas cosas alentadoras que sabemos, que hacen que las imágenes sean más significativas. Esta imagen es la de una vida vibrante y saludable, libre de enfermedades de cualquier tipo. Dado que muchos de los redimidos habrán pasado por el martirio, la persecución y severas pruebas de todo tipo, la restauración a la imagen de Dios deberá tener lugar en la Tierra hecha nueva. La palabra griega para sanación en este pasaje es *therapeia*. Es posible que lo hayas adivinado: es la raíz de la palabra *terapia*. ¿Es posible que las hojas del árbol de la vida sean nuestra terapia para vivir la vida más abundante posible y ser continuamente restaurados a la imagen de Dios? Quizás esta escena pacífica del Árbol de la Vida con sus propiedades curativas situada junto al Río del Agua de la Vida esté diseñada para representar un ambiente relajante en el que aquellos que han salido de grandes pruebas puedan encontrar la paz. La palabra también tiene la connotación de servicio, cuidado y nutrimento. Las hojas del árbol simbolizan el cuidado íntimo de Dios por nosotros al suplir todas nuestras necesidades. Hay abundancia para todos. Allí, junto al Río de la Vida, comiendo los

frutos del Árbol de la Vida, nutriéndonos de las hojas de ese árbol, estaremos plenamente satisfechos. Nuestra mente estará en paz y nuestro cuerpo resplandecerá con el resplandor de la salud.

No más maldición

Y ya no habrá maldición alguna. El trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán. Verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. Allí no habrá más noche. Y no necesitarán luz de lámpara ni luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará. Y reinarán por los siglos de los siglos (Apoc. 22:3-5).

Cuando Adán y Eva desobedecieron a Dios en el Jardín del Edén, la maldición del pecado cayó sobre ellos, sobre sus descendientes y sobre la Tierra misma (Gén. 3). Ahora esa maldición se ha eliminado. El pecado ya no existe.

Los redimidos “verán su rostro [el de Dios]” (vers. 4). La promesa de Mateo 5:8 se hará realidad: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios”. Incluso a Moisés, cuando pidió ver a Dios, se le dijo: “No podrás ver mi rostro, porque ningún hombre me verá y quedará vivo” (Éxo. 33:20). Pero en el versículo 11, las Escrituras declaran: “El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como quien habla con su amigo”. ¿Cómo reconciliamos estos dos pasajes aparentemente contradictorios? La expresión “cara a cara” en el versículo 11 es un modismo que significa comunicación directa, abierta e íntima.

En los nuevos Cielos y la nueva Tierra, sin que el pecado sea ya una barrera, veremos a Dios y disfrutaremos de la más íntima

comuni3n con 3l. Al igual que Mois3s habl3 con Dios personalmente y comparti3 sus necesidades, preocupaciones y los secretos de su coraz3n, nosotros tambi3n disfrutaremos de estos tiempos personales de comuni3n cara a cara con Dios. Somos aceptados como sus hijos e hijas en Cristo, herederos del Reino, y a Dios le encanta hablar con sus hijos. En ese d3a, los redimidos que tengan el manto de la justicia de Cristo ver3n el rostro de Dios. ¡Qu3 maravilloso privilegio, en verdad!

Los redimidos tienen el nombre de Dios en la frente (vers. 4). Este es el sello de Dios presentado en el cap3tulo 7 y contrasta con la marca de la bestia que sus seguidores tienen en la frente (Apoc. 13:16). El sello de Dios es la se1al exterior de nuestra lealtad a Cristo. Se manifiesta al guardar el s3bado, en las 3ltimas horas de la Tierra, cuando se impone la marca de la bestia. El sello de Dios, sin embargo, es mucho m3s que simplemente guardar el s3bado. Es arraigarse en la verdad para que no podamos ser movidos ni espiritual ni intelectualmente.

El nombre del Padre, o sello, en nuestra frente, puesto all3 por el Esp3ritu Santo, es el s3mbolo de una mente totalmente en armon3a con la voluntad de Dios. El ap3stol Pablo declar3 en Filipenses 2:5: “Haya en ustedes el mismo sentir que hubo en Cristo Jes3s”.

Cuando tenemos la mente de Cristo, reflejamos el car3cter de Cristo. El nombre de Dios representa el car3cter de Dios. Define qui3n es 3l. En 1 Juan 3:2 se revela el glorioso ideal de Dios para sus hijos con estas palabras: “Amados, ahora ya somos hijos de Dios; y, aunque no se ve a3n lo que hemos de ser, sabemos que cuando Cristo aparezca seremos semejantes a 3l, porque lo veremos como es 3l”. El nombre del Padre en nuestra frente nos identifica como totalmente suyos. Hemos tomado nuestra decisi3n. Nuestra elecci3n queda inamovible. Nuestro destino

está resuelto. Por toda la Eternidad, reflejaremos su carácter y, en cada pensamiento, sentimiento, impulso y acción, revelaremos que le pertenecemos.

Juan repite lo que dijo antes (Apoc. 21:23, 25) acerca de que no habrá noche en la Nueva Jerusalén. Cuando recordamos que, en los días de Juan y durante muchos siglos después, cuando el sol se ponía, se oscurecía mucho, podemos entender mejor cuán importante era para Juan que no hubiera noche en la Nueva Jerusalén. En nuestro mundo moderno, que cuenta con electricidad, apenas podemos concebir lo que significaba la noche para el mundo antiguo. La iluminación artificial se limitaba a velas, lámparas y faroles débiles, hogueras y otras fuentes de poca luz. La visión de Juan de la Eternidad era de luz, no de oscuridad.

En algunas de las latitudes del extremo norte, donde el Sol no sale en los meses de invierno, la depresión es mucho más frecuente. Es posible que conozcas a alguien que enfrenta desafíos en partes del mundo donde las noches son largas y los días son oscuros y sombríos. En la visión de Juan de la nueva Tierra, solo vio luz, alegría y gozo. La oscuridad de la noche, con toda su penumbra, había terminado. Para Juan, era muy importante que no hubiera noche en la ciudad y que el Señor Dios proporcionara tanta luz que no hubiera necesidad del Sol ni de la Luna.

El tiempo está cerca

El Señor Dios, que inspira a los profetas, ha enviado a su ángel para mostrar a sus siervos lo que ha de suceder pronto.

Mira que vengo pronto. Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro. [...]

Y [el ángel] me dijo: “No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca. El que es injusto siga siendo injusto, y el sucio siga ensuciándose. El justo siga siendo justo, y el santo siga santificándose” (Apoc. 22:6–11).

En el versículo 7, Jesús es el que está hablando. Repite la bendición pronunciada en Apocalipsis 1:3 sobre los que guardan “las palabras de esta profecía”.

Fíjate que el ángel le dice a Juan: “No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca” (vers. 10). En contraste, al final del libro de Daniel, el ángel Gabriel le dice: “Cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin” (Dan. 12:4; cf. vers. 9). Daniel vivió en el siglo VI a.C. Juan está escribiendo al final del siglo I d.C. En los días de Daniel, la profecía debía ser sellada, pero ahora “el tiempo está acerca” (Apoc. 22:10).

Ahora, estamos viviendo casi dos mil años después del tiempo en que escribió Juan. ¿En qué sentido el tiempo “está cerca”? Desde que Jesús regresó al Cielo (Hech. 1:9–11), sus seguidores han esperado su pronto regreso. El apóstol Pablo dijo a los cristianos romanos: “Y hagan esto conociendo el tiempo, que ya es hora de levantarnos del sueño; pues ahora nuestra salvación está más cerca que cuando creímos. La noche está muy avanzada; el día casi ha llegado” (Rom. 13:11, 12). Jesús mismo le dice a Juan: “Mira que vengo pronto” (Apoc. 22:7).

William Miller fue el principal predicador del movimiento adventista, el primero que dedujo de las profecías de Daniel que Jesús regresaría a la Tierra en 1844. Cuando eso no sucedió, y los que esperaban el Advenimiento quedaron tan terriblemente

desilusionados, se dice que alguien le preguntó a Miller si había fijado otra fecha para la venida de Jesús. Él respondió:

Aunque he quedado chasqueado dos veces, todavía no estoy abatido ni desanimado. [...] He fijado mi mente en otro tiempo, y así me propongo permanecer hasta que Dios me dé más luz, y ese tiempo es hoy, hoy y hoy, hasta que él venga, y vea a aquel a quien mi alma anhela.³⁸

Esa es la posición que deben tomar todos los verdaderos seguidores de Jesús. Cuando vemos que las señales proféticas se cumplen a nuestro alrededor, nuestro corazón anhela su venida. Late con ansiosa anticipación. Sabemos que debe ser pronto, pero no conocemos ni el día ni la hora exactos de su regreso, así que seguimos aferrándonos a la promesa (la bienaventurada esperanza de la gloriosa aparición de nuestro Señor) hasta que él venga (Mat. 24:36; Tito 2:11-13). Prometió que volvería pronto.

En Apocalipsis 22:11 aparece este pronunciamiento: “El que es injusto siga siendo injusto” y “el justo siga siendo justo”. Por supuesto, cronológicamente, la autodeterminación eterna de cada persona ya ha tenido lugar en el momento del capítulo 22. Este pronunciamiento es una reafirmación del hecho de que cada persona toma sus propias decisiones hasta un punto en el que no hay posibilidad de cambio. Esa decisión se hace evidente en la Segunda Venida.

Las decisiones que estamos tomando todos los días sellarán nuestro destino eterno. La importancia de esas decisiones no puede subestimarse. Cada día, Cristo apela a nuestro corazón por medio de su Espíritu Santo para que tomemos cada decisión a la luz de la Eternidad. Las decisiones que tomamos endurecen

nuestro corazón y nos alejan más de Jesús o lo suavizan y nos acercan más a él.

La maravillosa invitación

Yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para dar a cada uno según sea su obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último.

¡Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad! [...]

“Yo, Jesús, les envié mi ángel con este testimonio para las iglesias. Yo soy la raíz y el descendiente de David, la radiante Estrella de la mañana”.

El Espíritu y la esposa dicen: “¡Ven!” Y el que oiga también diga: “¡Ven!” Y el que tiene sed venga, y el que quiera tome del agua de la vida gratuitamente (vers. 12–17).

Jesús repite aquí su promesa de regresar pronto. Cuando él venga, dará a cada uno su recompensa (Mat. 16:27). Repite la descripción de sí mismo como el “Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último” (Apoc. 1:11; cf. versículo 17). Jesús abarca todas las cosas, desde el principio hasta el final. Él es el Autor y Consumador de nuestra fe (Heb. 12:1, 2). Podemos estar seguros de que “el que empezó en ustedes la buena obra, la irá perfeccionando hasta el día de Jesucristo” (Fil. 1:6). ¡Qué seguridad! Si se lo permitimos, él terminará lo que comenzó en nosotros y nos llevará a casa.

La expresión “Bienaventurados los que guardan sus mandamientos”, del versículo 14, también puede traducirse

como “los que lavan sus ropas”. Las expresiones son muy parecidas en los manuscritos griegos originales. Hay armonía entre estas dos ideas. La evidencia externa de estar revestido de la justicia de Cristo es la obediencia a sus mandamientos. Nuestras túnicas no pueden estar limpias si albergamos pecados conocidos en nuestra vida. La justicia de Cristo no cubre la rebelión intencional contra su voluntad. Cuando somos salvos por su gracia, y solo por su gracia, nuestro anhelo más profundo es agradecerlo. Aquellos que cruzan las puertas de esa ciudad santa están revestidos de su justicia, son cautivados por su amor y transformados por su poder para vivir una vida obediente por toda la Eternidad. A continuación, se extiende la gran invitación, que incluye a todos, a ser un habitante de la Santa Ciudad, un ciudadano de la Tierra hecha nueva: “El Espíritu y la esposa dicen: ‘¡Ven!’ Y el que oiga también diga: ‘¡Ven!’ Y el que tiene sed venga, el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (vers. 17). Todos están invitados; todos son bienvenidos. El único requisito es que tengas sed, que desees beber gratuitamente del Agua de la Vida.

Encontramos ecos de esta gran invitación en las palabras del profeta Isaías:

“¡Todos los sedientos, vengan a las aguas!

¡Y los que no tienen dinero, vengan, compren y coman!

¡Vengan, compren, sin dinero

y sin precio, vino y leche!” (Isa. 55:1).

¿Cómo podría Dios dejarlo más en claro? ¿Qué más podría hacer él para atraer a hombres y mujeres hacia él y hacia la vida eterna en un mundo sin pecado?

Conclusión

Advierto a todo el que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno le añade algo, Dios traerá sobre él las plagas escritas en este libro. Y si alguno quita algo de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida y de la santa ciudad que se describen en este libro.

El que testifica de estas cosas dice:
“Ciertamente, vengo en breve”. ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!

La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos ustedes. ¡Amén! (Apoc. 22:18–21).

Estos versículos contienen una declaración final común a muchos escritos antiguos, una especie de equivalente a nuestros modernos avisos de copyright en los libros. En la época de Juan, los libros se escribían a mano y también se hacían copias a mano. Ese es el significado literal de la palabra manuscrito. Proviene de dos palabras latinas, *manus* (mano) y *scriptus* (escribir). Al copiar un libro, era fácil hacer un cambio accidentalmente. También era fácil hacer cambios a propósito. Eso es lo que hay detrás de la advertencia de Juan en contra de añadir o quitar cualquiera de las palabras de su libro. Advertencias similares de “derechos de autor” aparecen en otros libros de la Biblia (Deut. 4:2; Prov. 30:5, 6).

El libro de Apocalipsis termina con otro reaseguro de que Jesús viene pronto (Apoc. 22:20). Desde lo más profundo de su corazón, este apóstol a quien Jesús amaba (Juan 13:23; 19:26; 20:2) responde: “¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!”

La respuesta de Juan encuentra un eco en nuestro propio corazón. Nosotros también decimos: “Sí, ven, Señor Jesús. Ven a

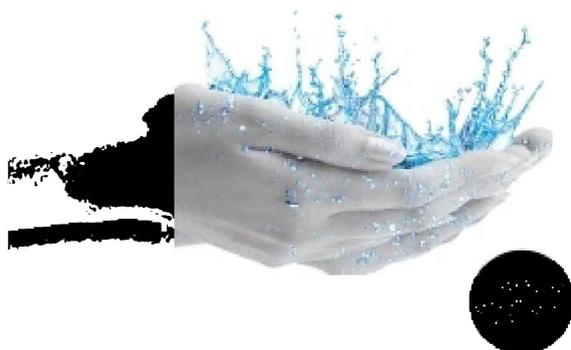
mi corazón. Entra en mi vida. Atráeme a tu abrazo amoroso para que viva para ti cada día hasta que vuelvas a la Tierra, y pueda vivir contigo en esa gloriosa ciudad de la Tierra hecha nueva”.

Nuestro estudio del libro de Apocalipsis nos dice que el tiempo del fin será un tiempo de prueba y dificultad para el pueblo de Dios. A medida que nos acercamos a su venida, los tiempos peligrosos aumentarán hasta que puedan parecer abrumadores. Sin embargo, podemos seguir adelante, junto con Jesús, sabiendo que la ciudad brillante nos espera. Él nunca ha perdido una batalla contra Satanás y triunfará en este conflicto final entre el bien y el mal.

Cada profecía del Apocalipsis finalmente termina en el mismo lugar: con Cristo como el vencedor. Él es el todopoderoso Conquistador. Él es nuestro Señor triunfante. Él es el Rey de reyes y Señor de señores. Estamos del bando ganador. En él, por él, con él y gracias a él, podemos triunfar. Viviremos con él en la Tierra renovada para siempre. En lo profundo de nuestro corazón, en el tejido mismo de nuestro ser, clamamos con Juan: “¡Sí, ven, Señor, Jesús!”

38 William Miller a Joshua V. Himes, 10 de noviembre de 1844, en “Letter From Wm. Miller”, *The Midnight Cry!*, 5 de diciembre de 1844.

MARK A. FINLEY



Reavívanos

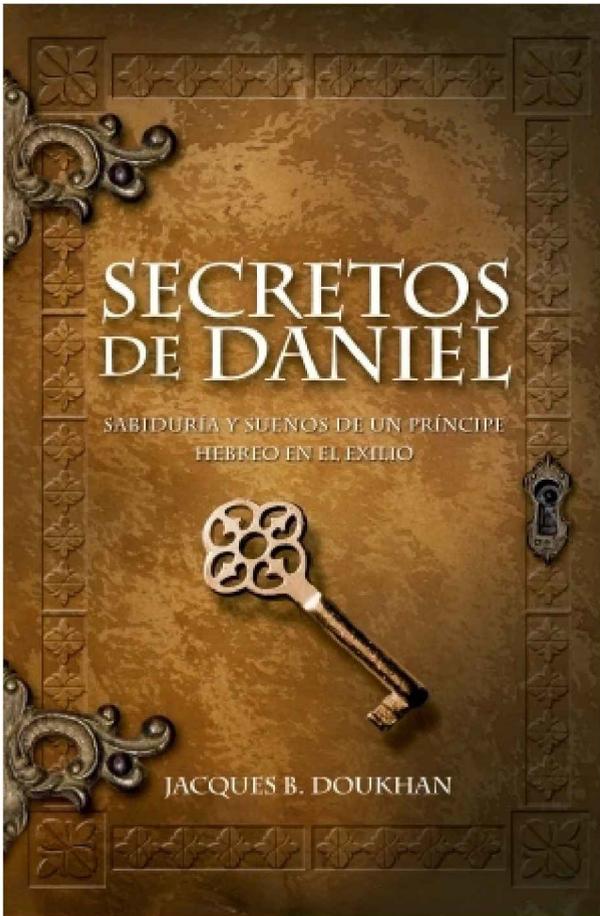
Finley, Mark

9789877983944

111 Páginas

No hay nada que la Iglesia Adventista del Séptimo Día necesite más que un reavivamiento espiritual genuino. No hay nada que Satanás tema más que este reavivamiento prometido. No hay

nada más importante para los administradores, los pastores y los miembros de iglesia que buscar juntos este reavivamiento. No hay una prioridad mayor que esta. En este libro, Mark Finley lo invita a abrir su corazón y su mente, por medio de la oración. El reavivamiento siempre comienza con un hombre, una mujer, un niño o una niña sobre sus rodillas, en busca de Dios. Usted puede ser la persona que Dios use para traer el derramamiento del Espíritu Santo sobre su hogar, su iglesia y su mundo. Al leer estas páginas, que la oración de su corazón sea: "Señor, reavívanos otra vez".



Secretos de Daniel

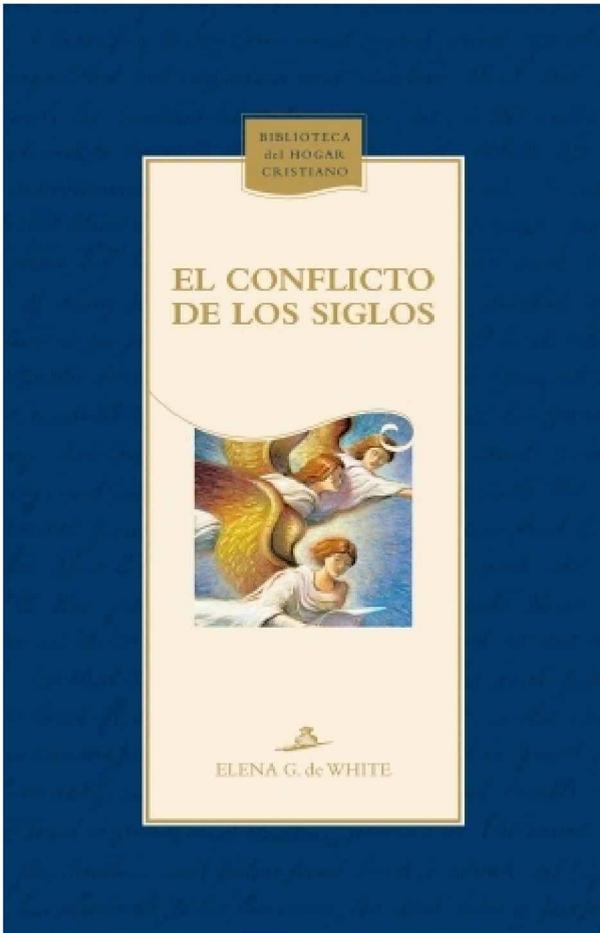
Doukhan, Jacques B.

9789877981605

192 Páginas

Escrito por un erudito adventista de herencia judía, este comentario resuelve varios problemas antiguos y arroja nueva luz sobre muchos aspectos de las enigmáticas profecías de

Daniel. Se proporcionan nuevas ideas en relación con algunas preguntas, como por ejemplo: El modelo literario de Daniel, ¿contiene pistas para saber cómo deberíamos interpretar sus profecías? Miguel ¿es "uno de los principales príncipes" o es "el primero de los principales príncipes"? ¿Por qué se olvidó de su sueño el rey Nabucodonosor? ¿Por qué Daniel lleva a cabo un ayuno de tres semanas durante la Pascua? Jacques Doukhan recrea el mundo de Babilonia, explica alusiones confusas y encuentra modelos ocultos en las profecías, que ayudan a aclarar su significado. Su investigación sobre fuentes judías antiguas y su conocimiento de los idiomas originales hacen de este libro una valiosa contribución.



El conflicto de los siglos

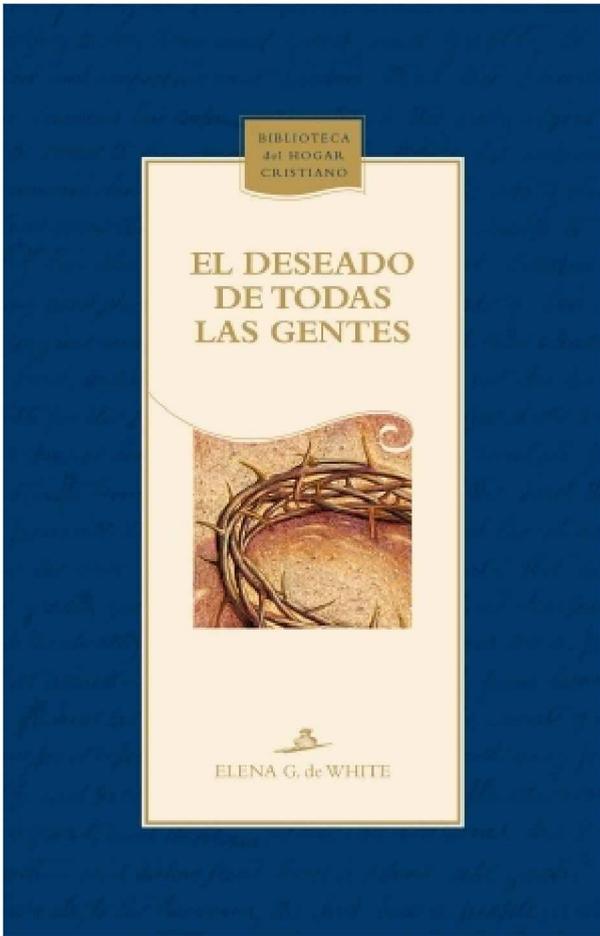
de White, Elena G

9789877981391

767 Páginas

El mundo está al borde de una crisis estupenda; la más grande en la historia, la crisis final. Ante ese futuro omnioso, la presente obra expone una respuesta autorizada para la

confusión, el caos y la desesperación. Sus páginas contienen una explicación inspirada y al mismo tiempo clara del significado real de la historia humana durante los pasados 20 siglos, mostrándonos qué nos depara el presente siglo XXI y cómo va a terminar "la madre de todas las batallas". Al revelar el plan de Dios para la humanidad, este libro notable y atrapante puede llegar a ser el más importante que alguna vez usted haya leído.



El Deseado de todas las gentes

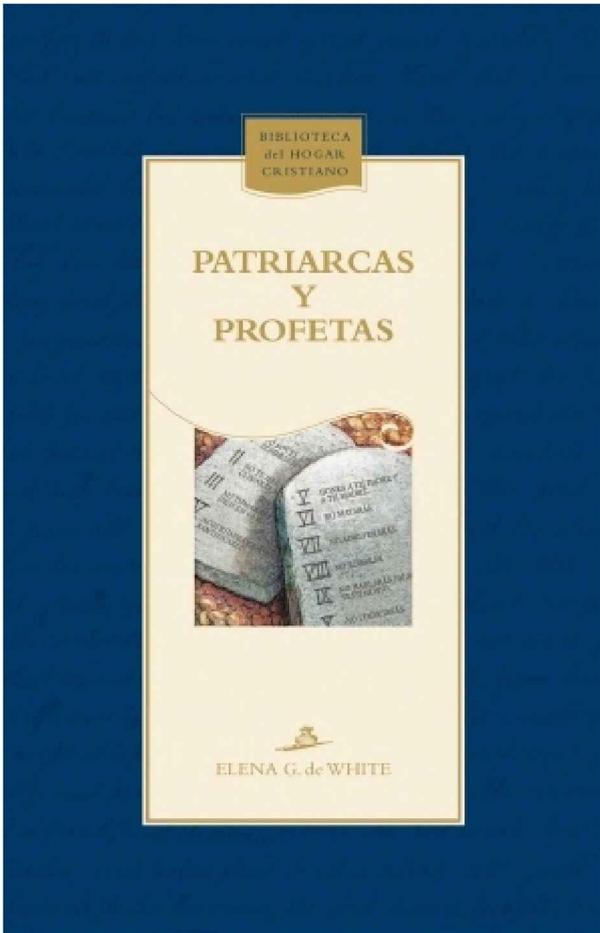
de White, Elena G

9789877981384

797 Páginas

Esta obra presenta al Hombre que está en el centro de la historia de la humanidad. Y aunque todos sabemos que nadie ha tenido tan profunda influencia en la gente de este planeta

como Jesucristo... ¿Quién era él? ¿De dónde vino? ¿Por qué vino a este mundo? ¿Qué clase de vida vivió? ¿Dónde está ahora? ¿Volverá a la Tierra? Usted encontrará respuestas a estas y a otras preguntas vitales, al tiempo que su corazón se conmoverá mientras lea las frescas y vigorizantes páginas de este libro. Usted no solo aprenderá algunos hechos acerca de Jesús, sino que lo llegará a conocer como un Amigo personal, íntimo. Y sabrá por experiencia que solo él puede satisfacer los deseos más profundos de cada ser humano.



Patriarcas y profetas

de White, Elena G.

9789877982084

845 Páginas

¿Cuál es el origen de nuestro mundo y del universo? ¿Cómo surgió el hombre y cuál es su futuro? ¿Siempre existió el mal? ¿Por qué somos como somos los humanos? Estas y otras

preguntas, que han intrigado a la mente humana en todas las épocas, se responden en esta obra. Este es un libro acerca del origen de las cosas y de "la madre de todas las guerras", librada a escala cósmica, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, entre el amor y el egoísmo, entre la justicia y la injusticia, entre la verdad y la mentira. Aunque está escrito en un lenguaje sencillo y directo, trata asuntos sublimes que conmueven hasta lo más profundo del corazón y despiertan las emociones más vivas de la mente. Su lectura se recomienda a todos los que se interesan por temas vitales que definen nuestro futuro.